



## Una familia de tipos duros y escritores malditos

Dan Fante, el único hijo de John que siguió los pasos de su padre y acabó convirtiéndose en un escritor maldito, hace un recuento de cicatrices en las memorias del clan familiar: “Fante. Un legado de escritura, alcohol y supervivencia” (Sajalín Editores). Llenas de (mala) vida. **texto LAURA FERNÁNDEZ foto SAJALÍN EDITORES**

**C**ada vez que alguien le pregunta cómo fue ser hijo de un escritor famoso, Dan Fante se encoge de hombros y dice: “Ni idea. Mi padre nunca fue famoso. Siempre estaba de mal humor. Escribía y luego estaba de mal humor porque a los editores no les gustaba lo que escribía. ‘¿Cuándo vas a dejar de escribir sobre tu familia, John?’, le decían. Y mi padre bramaba: ‘¡Soy mejor que el jodido Hemingway!’. Pero no le servía de nada. Nadie le tomaba en serio”. Siguió sin hacerlo hasta prácticamente el día de su muerte, en 1983. Día

en que el mundo fue consciente de estar perdiendo a uno de los grandes únicamente porque una noche de hacía diez años, una noche de 1973, el narrador-periodista-poeta Ben Pleasants le preguntó a su compañero de copas Charles Bukowski quién era el autor que más le había influido. Sin dudarlo, Charles dijo que John Fante. Pleasants nunca había oído hablar de él, pero como además de un buen amigo era un gran fan de Bukowski, decidió buscar todos los libros de aquel tal John. No le resultó nada fácil encontrarlos. Pero, cuando lo hizo, le fascinaron. Así que escribió

a Bukowski pidiéndole que se pusiera en contacto con John Fante y le ayudara a reeditar su obra. Bukowski se mostró reacio al principio, después de todo era un tipo duro, pero Pleasants insistió. Insistió durante años. En 1979, consiguió que la revista de libros del *Los Angeles Times* le dejara publicar el artículo que desempolvaba definitivamente la carrera de John, a cuatro años de su muerte, cuando el escritor, ya ciego por culpa de una diabetes iracunda que acabó por devorarlo (amputación tras amputación), había perdido toda esperanza. Al artículo de Pleasants le siguieron

otros (la mayor parte de ellos instigados por el propio Pleasants), incluida la carta que Budd Schulberg escribió al mismo *Los Angeles Times*, una misiva homenaje que hizo que el editor de Black Sparrow Press se interesara por la que todos consideraban la obra maestra de John: *Pregúntale al polvo*.

Publicada en 1939 por Stackpole Sons, *Pregúntale al polvo* vendió

## John tardó 48 horas en visitar al recién nacido; luego volvió al bar.

menos de 3.000 ejemplares (cifras mota de polvo para el mercado norteamericano) y se mantuvo en un estado de hibernación durante más de cuarenta años porque sus editores cometieron el error de tratar de reírse del mismísimo Adolf Hitler. ¿Cómo? Publicando el *Mein Kampf* sin su permiso. Así que el dinero que tenía que haber servido para lanzar la primera novela de John se gastó en los juzgados de Nueva York tratando de parar la demanda que interpuso el *Führer*. Aquello le hundió. Y le hizo regresar a los guiones. Y John odiaba los guiones. Los odiaba porque le mostraban una parte de sí mismo que no quería ver. “Papá había pasado una infancia muy pobre en Colorado, y era muy suyo. Llegó a Los Ángeles en busca de fortuna, y con el tiempo lo sedujeron los sustanciosos cheques de Hollywood, los altos vuelos, los campos de golf, las mujeres y el sol todo el año. Buscó la buena vida y la encontró, aunque luego se pasara cuarenta años maldiciéndose por, según él, ‘haber vendido el culo’ a Hollywood. En sus propias palabras, papá siempre fue a por el cheque”.

Así lo cuenta Dan en *Fante: Un legado de escritura, alcohol y supervivencia*, unas memorias portentosas y llenas de (mala) vida que pueden leerse como una apasionante novela. Una novela protagonizada por un hijo que hizo de todo para llamar la atención de un padre pretendidamente perfecto, genial, para el que nada nunca era suficiente. Cansado de intentarlo por

el buen camino (Dan llegó a dirigir una exitosa compañía de teatro), el hijo tomó el desvío del alcohol, los cinco cafés diarios y los trabajos de todo tipo (casinos ilegales, detective sin licencia, taxista, chófer de estrellas, vendedor ambulante, teleoperador). Parecía estar diciéndole a su padre: “Bien, aquí me tienes, soy justo lo que pensabas, un perdedor, como tú”. Porque eso era lo que John había pensado de su hijo Dan desde el principio.

### La oveja rubia de la familia

La noche en que Dan Fante nació, su padre estaba bebiendo en un club de Hollywood. Al día siguiente se fue a jugar al golf. Pasaron 48 horas antes de que decidiera pasarse por el hospital a conocer a su hijo. Para entonces, su madre, Joyce, una mujer inteligente que había leído muchísimo más que su marido y que era en buena parte responsable de la fuerza de los textos de John (siempre fue su primera editora), le había bautizado como Daniel Smart (su apellido de soltera) Fante. Así que John llegó al hospital, echó un vistazo al chico y volvió al bar. No eran buenos tiempos para la pareja y el nacimiento de Dan no ayudó a devolver las aguas a su cauce. “Mis horas de llanto incesante y mi negativa a comer desesperaron a mamá y a los médicos”, cuenta Dan. “Mi tez era de un color opuesto al de mi padre y mi hermano. Tenía un pelo muy rubio y la piel clara. Mal asunto. Los genes anglogermanos de mi madre habían predominado. Papá me consideraba un paso en falso y una especie de bebé-imagen de marca de potitos típicamente americano. A sus ojos era la encarnación de la clase de persona que había discriminado al pueblo italiano toda su vida”. Así que Dan era la oveja negra de la familia.

Y creció como tal. Mientras su hermano era esbelto, fuerte y atlético, él llevaba gafas y tendía al sobrepeso. Tuvo la mala suerte de conseguir un empleo (de *carny*; esto es, chico para todo en un parque de atracciones, poniendo especial cuidado en las atracciones que tienen que ver con apuestas) en el que ganaba más de la cuenta antes de cumplir los 18, y se acostumbró a una vida de excesos

contra la que nadie le había prevenido. Las primeras chicas con las que salió eran profesionales y la nevera de su primera casa (no apartamento, casa) estaba repleta de alcohol. ¿Había intentado escribir por entonces? No. ¿Acaso no tenía suficiente con vivir? ¿Con vivir al límite?

Pasarían muchos años antes de que Dan Fante descubriera que había estado dando la espalda a lo único que podía hacerle feliz. Sentarse en una habitación y escribir. Tendría que morir su padre para que lo descubriera. Tendría que morir y tendría él, el propio Dan, que tocar fondo; esto es, volver a casa de mamá cumplidos los 46 porque no hay otro lugar en el mundo en el que puedas estar, para renacer. Volver a casa y encontrarte con la Smith Corona de su padre abandonada en el garaje, aún con la última hoja de papel que John había enrollado en el carro. El hallazgo desactivó algo en la mente de Dan. Le obligó a sentarse y a probar. Escribió. Completó una página, la sacó del carro, la miró y se dio cuenta de algo importante. Se dio cuenta de que mientras escribía “no estaba pensando en mi vida ni en cómo se había ido a la mierda. Sólo estaba tecleando palabras sobre una hoja de papel. No pensaba más que en lo que estaba escribiendo”, cuenta. Después de aquel día, no ha vuelto a dejar de escribir. Hoy, a sus 68 años, es autor de una trilogía protagonizada por Bruno Dante, su particular Arturo Bandini, una antología de relatos basados en sus experiencias como taxista en Nueva York, diversos poemarios y su brutal autobiografía, que funciona como memoria familiar. Lleva más de veinte años sin probar una copa. Vive en Malibú, con su mujer y su hijo de 5 años. Echa de menos a su atlético y reservado hermano Nick, que murió de alcoholemia, y a su madre, pero aún queda de vez en cuando con sus otros dos hermanos, y hablan del viejo y de su condenada mala suerte. Hace mucho que lo han perdonado y están convencidos, al menos lo está Dan, de que al final se fue orgulloso de todo lo que hizo. Orgulloso de todos ellos. Aunque también saben que es algo que el duro de John Fante jamás hubiese admitido. ■



**Fante. Un legado de escritura, alcohol y supervivencia**  
Dan Fante  
Sajalín Editores  
424 págs. 22,50 €.